AÑO XX—NÚMERO 15. BUENOS AIRES—Número suelto 5 centavos MIERCOLES 15 DE NOVIEMBRE DE 1899

DIARIO DE LA TARDE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

105—BOLIVAR—105

Los manuscritos no se devuelven

Sud-América

RUFINO VARELA ORTIZ

SUSCRICION MENSUAL

Capital 1.50 | Exterior 1.70

AGENTES DE AVISOS EN EL EXTRANJERO

Avisos pagos en Ch. — Rue Lafayette 23 — (Paris)

LA GRAN FARSA

Cuando se abrió el Registro Cívico los diarios de oposición, haciendo gala de valientes, anunciaron al mundo que los adversarios del Partido Nacional amontonarían en masa á los extranjeros, á mostrar su superioridad numérica en la capital de la República.

Según ellos, todo se hizo al principio con inteligible inquietud pero después del segundo día no ocultaron su contrariedad que un rubor, y como por encanto desaparecía de sus columnas, para dar lugar á la seriedad propia en la entera inocencia.

Si quien se hubiera pasado la palabra *fe* estimulado originosamente á esos diarios opositores, todos á una cambiaron de opinión de la noche á la mañana, comenzando á ver según lo que antes consideraban ilusión como la verdad.

Con singular cinismo, recien nacida en la vida política, ignorantes de las luchas electorales, inexpertos en su propia tierra, habían sido víctimas de un error, habían vivido mistificados hasta nuestros partidarios de la libertad de sufragio habían sido burlados.

Y lo que es más asombroso el engaño alcanzó á todos, sin excepción de los viejos, como si la venda de la mentira hubiera caido de improviso sobre sus órganos sensoriales.

Si un conocimiento la táctica de estos eternos simuladores, pronto á representar el papel de víctimas cuando ven que se les arranca un triunfo inmerecido, ese conocimiento no alcanzaba á la mayoría de su campo de fuerzas, para, por fortuna, son para nosotros muy apreciados colaboradores, que nos prestan hoy el mismo concurso que antes, debían abrigar respecto del Registro Cívico.

Y desenclavaron aquello de la *gran farsa* aplicado por ellos á la inscripción con abrumadora unanimidad.

Desde entonces la *gran farsa* es la gran frase con que pretendes anunciar su impotencia, eliminando definitivamente el campo de sus vaselinas.

Apilonan el nombre de Lavandera á los miembros del Partido Nacional para darle la razón de que constituyen la inmensa mayoría y que ahora tienen la conciencia de la formación del Registro Cívico brillan por su ausencia en todas las independientes de oposición.

Veamos, sin embargo, quienes juegan la gran farsa en las circunstancias actuales.

X

Predicar la importancia de la inscripción como primer requisito para ejercer mas tarde el derecho de votar, celebrar reuniones, formar clubs para poder alcanzar los honores de manifestaciones, fundar clubs, pronunciar discursos entusiastas, y todo sin gozar nosotros mismos del derecho, cualidad que se les impide acercarse á las mesas con motivo verdaderamente el mismo que se impide á los extranjeros pasado que no quieren hacer ostentación del público con ruedas de molino.

¿Que resultado práctico se podía obtener ahora en contra políticos fundados por los hombres de oposición?

Ninguno y sin embargo esos hombres parecen empeñados por el entusiasmo mas vehemente cada vez que se congregan con el propósito de dar á las un nuevo club independiente.

Se habían de oponer, de reacciones próximas, de liberales confundidas y otras lindezas por el estilo, de la paz permanente, de la unión de todos los de la República, un ejercito de conciliación mas y conquistas, llegado el momento de la prueba con el empujón de resultados—siempre los mismos—que estamos cansados de sufrir á la farsa.

¿No han oido todos los fariseos?

Hagan lo que tuvieran la habilidad de arreglar mejor la farsa! Pero no, le dejan descubrir al juego desde el primer momento, en vez de ocultar su splendor de su impotencia, como si les importara algo poco el ridículo en ellos mismos se colocan.

Pensantes son, á todas luces, los que tienen la desdichadez de hombrear achitos en la oposición, seguramente del pueblo, sin que se vea en ellos á despertar un eco en ese pueblo al que ofrecen perspectivas tan explosivas.

Nada puede en mas alto grado que las multitudes ese criterio infalible que aprecia y juzga siempre sin equivocarse.

Y si la nacionalidad deja elamar en el desierto á los apóstoles de la buena nueva porque comendadores siquiera un poquito de la importancia que se arrogan?

Seria ridículo tomar á lo serio su propaganda, dándole otro nombre que el de *gran farsa* en vez de entrada para hacer ruido en torno de tres ó cuatro ilustres desconocidos, jóvenes en su mayor parte de la nueva generación, demasiado activos para cooperar en la medida de sus fuerzas al engrandecimiento nacional y demasiado patriotas para contribuir á la iniciativa de un balance que solo se rinde ante los nervios bien probados y que no se presta á servir de vehículo de malhechores que asignan esos abonados por el valimiento de quienes las abrigan y manifiestan con pasmoso desparpajo.

Ellos, que nada encuentran bueno, digno, honrado en el actual órden de cosas, son los verdaderos autores de la *gran farsa* que pretende en el terreno de la oposición pare chacota del publico que aprecia en su justa medida la heróica perseverancia de los hombres del orden liberal, dignos de su objetivo á cada nuevo esfuerzo que hacen por conquistarlo.

No habrá, pues, de la inscripcion si no tienen como compelar con el Partido Nacional llamado á triunfar por que forma la mayoria del pais y por que aun viviendo se sabe que ha de principiar la batalla.

No habrán de farsas, porque los habitantes de la capital no presencian actualmente otra que la farsa opositora mal concebida y peor desempeñada por comicos de la legua.

No pretendan alcanzar su fracaso político haciendo gala de un monopresio que no sienten y que ni aun ellos mismos creen en la falsedad de la libertad que revistieron el principio.

No confien tanto en la bondad del publico que esta dispuesto acontinuar de *gran farsa* en farsa sin cesar de silbar á los malos actores y que el mejor dia puede perder la paciencia y demostrar su disgusto buscando por la comedia mas grata y buena roberta de gracioso y divertida á fuerza de ridicula y grotesca.

La *gran farsa* independiente trenchará mas de una esperanza en flor, dando al traste con el porvenir de esos jóvenes hombres que ya principiaban á superar en altura á la famosa torre Eiffel, sin rozar su cabeza.

Cándido.

De Eduardo Schiaffino

LA PINTURA MODERNA

(Al Señor General D. Lucio V. Mansilla

Estoy sin el sosé loco sobre mesa para trabajar
De je de mi una gran vara, á cuadro cual aspecto
Y cuando pongo un lienzo, al cabo de un rato
Estoy en absoluto, ya lo creerá usted, un perro
Y cuando me abalanzo, ya lo creerá usted, sobre un perro
Es cierto de maniqui! Lo sé, lo sé, pero sobre

Cd. de Mansilla

—

Algunas personas, curiosas por conocer las causas que han dado motivo á la estética moderna, y sobre todo, la razon por la cual la opinion de la escuela francesa contemporanea difiere tanto de la vision pictórica en los demas escuelas, me hacen el honor de pedirme una explicacion razonada y sincera sobre el asunto.

Si este respecto,

No se me ocultan que el caso es difícil hasta para un critico de oficio habituado á escribir sus impresiones noticiosas, pero pienso que es definitiva el mio no es otro que el de darme cuenta de sola especie de problema. Toda la dificultad estriba entonces en una transposicion de personas, poder pasar del darse cuenta al dificultar *darse cuenta*.

El critico **Hamel**, en su *Revue des Beaux-Arts*, lamentaba recientemente que los pintores fueran tan avaros de claer reciones escritas y egregias—haciendo justicia á las criticas luminosas de Delacroix y Fromentin—si que mejor ha explicado á Rubens—que ellos poseen en grado superlativo la precision para manejar el lenguaje oral, el término propio en absoluto, que le da cuerpo, forma, movimiento.

La observacion no me parece justa y la encuentro ilogica. Los pintores por organizacion natural y el ejercicio subsiguiente, llegan á dominarse algo como una especial gama de palabras y de expresiones facilitivas, de hacerlas visibles en la vida concisa monosilabal, enemiga de las palabras retiradas de profanos y demas literatos, toda sensacion cerebral permanece abstracta.

Aparte los pintores que escriben no hacen literatura, no hay peligro de que sacrifiquen la claridad de la exposicion á la sonoridad del periodo, ni que olviden por nada que el lenguaje oral, principalmente limite que les impone la sinceridad del sentimiento.

Esto sentado, abordemos la cuestion.

La voz general pretende que la pintura francesa no es otra y que españoles é italianos tienen el privilegio de la luz.

Aquí y traiu mi mas sincera deshacer una superstición y una injusticia dando al Cesar lo que es del Cesar, esta manifestacion de arte ha existido en tiempo de nacer el velo que flota ante los ojos de los griegos y de nosotros, y del de los diferentes que existe entre un lirio y una flor de trapo.

El mismo quiere que en cierta ciudad de la Italia no se puede decir la verdad si aun en las especulaciones del espíritu, sin cesar se enemiga, ya por temor de una sentencia que condena, ya por temor de ser encuentro que hay encontrados que no como soplazos.

Avecinemos primero la manera de proceder de ambos estudios y en seguida veremos á que resultados llegan.

Por motivos que no necesitamos escudriñar y cuyo estudio ensenaseria remontarnos pose mucho que el divino bosquemos la cuestion al principio del presente siglo.

Reinaba, la pintura europea se arrastraba penosamente en la mas lamentable decadencia, tendiendo imperaba. Velazquez se *hubia muerto* desconocido, Rembrandt era considerado leproso cosignatario, Goya existia.

Una sensible perdida en la calido España, Goya, genio prematuro, brutalo como una chispa magnetica, que en el tabor cansado de aquel, era sola el cielo del arte y se perdia en la noche.

Goya habia solo un signo precursor de la luz, el luminoso, que ya no existia para el. Pero el fenomeno de gestacion que se producia en Francia tenia por seguramente, con la mirada fatal de una trace inevitable.

Los años transcurrieron y cuando la sacudida francesa hubo de conmover á Europa, el genio estaba muy cerca. La Francia al encontrar sola, simplemente miró para atras pudo ver á lo lejos y á lo España gigar en el sarcofago vacio del convencionalismo.

Ambas naciones desconocian en las tendencias de la epoca, no supieron conocerlas ni condenarlas de cerca; no supieron encontrar á su caudal de sacrificios en una estética nacida y perdurable en la tradicion que habian sido.

Mientras que en el arte italiano reinaba el silencio, que la reunion y pereció lamentando á dioses, ángeles y santos que no existian ya para el pueblo en una mutilada obra, que los especialistas no conservan mas alcance de nombre que habian visto.

Goethe y Diderot que presintieron las leyes generales de la concesion la pasteron á Chevreul en la senda de su descubrimiento. Este encontró la ley, el regalo de su siglo cuyo fallo á un estético nuevo